



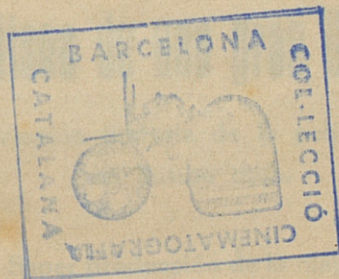
La Novela Gráfica

Nº 27
(extraord.)

50 cts.

La Odisea de **Gran Duquesa**
por Aileen Pringle y Conrad Nagel

CROSLAND, Alan



LA ODISEA DE UNA GRAN DUQUESA
(THREE WEEKS, 1927)

La odisea de una gran Duquesa

Versión literaria de la película
del mismo título

Super producción de la marca

GOLDWYN

Creación de la notable estrella

AILEEN PRINGLE



CONCESIONARIA

Goldwyn Cosmopolitan Corporation

Rambla Cataluña, 122

BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

La Duquesa	Aileen Pringle.
Pablo Verdayne	Conrad Wagel.
El Duque	John Sainpolis.
Coronel Petrowitch...	Stuart Holmes.
Capitán Verchoff.....	Robert Cain.
Mitze, la Gitana	Claire de Lorez.
Vassili	Mitchell Lewis.
Dimitry	Wigel de Brutlier.

La acción se desarrolla en tres semanas, en el Ducado de Sardalia, en Suiza y en Venecia.

Epoca actual

AÑO II

MADRID-BARCELONA-LOS ÁNGELES

NÚM 21

LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

Redacción y Administración:

Rambla de las Flores, 80, 1.º

Teléf. 4886 A. — BARCELONA



Talleres Gráficos prof. as

Bou de San Pedro, núm. 9

Teléf. 1167 S. P. BARCELONA

Corresponsales: En todas las poblaciones de España y América

La odisea de una gran Duquesa

I

ENTRE los pequeños estados protegidos por el desaparecido Imperio ruso, figuraba el Ducado de Sardalia, regido por un hombre déspota y tiránico que hacía gemir bajo el yugo de su látigo, a todo aquel que osaba formular la más leve protesta sobre el deplorable estado del país.

La Corte estaba corrompida y degenerada. Al Duque, preocupado sólo en francachelas y orgías, no le interesaban para nada los problemas que, a cada momento, surgían en la vida

de Sardalia y se atenía, única y exclusivamente, al dictado de sus cortesanos, entre los cuales figuraban el coronel Petrowich y su adlátere el capitán Verchoff. Este último era muy apreciado del Duque, desde que le había llevado a su propio palacio a Mitze, una hermosa gitana provocativa y ambiciosa que pronto se convirtió en la favorita de aquel degenerado jefe de estado.

Mientras tanto, lejos de la pompa del mundo oficial, una mujer bella y joven, consumía su vida entre las paredes del palacio, del que apenas osaba salir. Aquella mujer, a quien el pueblo veneraba como una santa, era Blanca, la esposa del Duque, de la cual, moralmente, puede decirse que vivía separada.

La joven y bondadosa Duquesa, sólo había encontrado en el palacio, la dulce y entrañable veneración de Dimitry, el fiel mayordomo, de Vassili, el abnegado servidor y de Ana, la resignada camarera. Ellos eran sus únicos amigos y el paño amoroso que secaba las lágrimas que furtivamente brotaban de las pupilas de su señora en los momentos de crisis y sorda desesperación.

Blanca, afable y caritativa, se había casado, muy jovencita, con el Duque de Sardalia. El matrimonio se había efectuado casi única y exclusivamente por conveniencias de alta política. Blanca se había criado en la Corte de San Petersburgo y allí era en donde se habían dado los primeros pasos para casarla con el Duque

de Sardalia. Y, ante la enormidad del desengaño que le había producido aquel hombre grosero, brutal, incapaz de hacer la felicidad de nadie, y ni aún la de él mismo, la infeliz Duquesa vivía reclusa en sus habitaciones y sólo se la veía asomarse a los balcones de palacio cuando la multitud descontenta y levantisca por el hambre o por algún atropello de los individuos de la camarilla del Duque, irrumpía ante los muros de palacio.

—¡Retiraos, hijos míos! ¡Yo os prometo interceder en favor vuestro cerca de mi esposo!, —decía Blanca para calmarles.

El pueblo, que algo sabía de la desgracia de su soberana, prorrumplía, al verla, en vítores y aplausos y se retiraba ordenadamente...

El Duque, rara vez accedía a las súplicas de Blanca en favor de "su" pueblo, de aquella multitud humilde que la aclamaba y la veneraba. Pero, con motivo de un grave motín que se produjo al ver decretada una suspensión de aprovisionamiento de trigo, el furor popular llegó al paroxismo y Blanca tuvo que intentar hacer comprender a su esposo el peligro gravísimo que encerraba seguir maltratando a los súbditos del Ducado.

Serena, convencida de la razón que asistía a su oprimido pueblo, dirigióse la Duquesa hacia las habitaciones privadas del Duque.

Al recorrer el pesado cortinaje, quedóse absorta ante el cuadro que a sus ojos se ofrecía.

Su esposo, embrutecido, alcoholizado, arrastrábase a las plantas de Mitze, la gitana diablesa, vaciando en sus piernas una botella del dorado y espumoso líquido y bebiéndolo en sus chapines de raso.

Petrowich y Verchoff presenciaban la denigrante escena alentando al Duque en sus bajezas.

Blanca, erguida en su propio orgullo, contempló despreciativa desde lo alto de la gradinata la infamante orgía que se estaba celebrando en el propio salón del trono.

El Duque, acorralado, temeroso, levantóse sosteniendo todavía en su diestra el chapín de la gitana que no sabía donde esconder.

Fuera, el pueblo aullaba arrollador.

Blanca, pausadamente, dando a la voz y al gesto la magestad de una reina ofendida, silabeó certera y tajante:

—¿Oís, señor? Es el pueblo, el león que ruje, que pide pan... pan y libertad, que es amor. ¿Os fijáis bien, señor: amor? ¡Santa palabra!

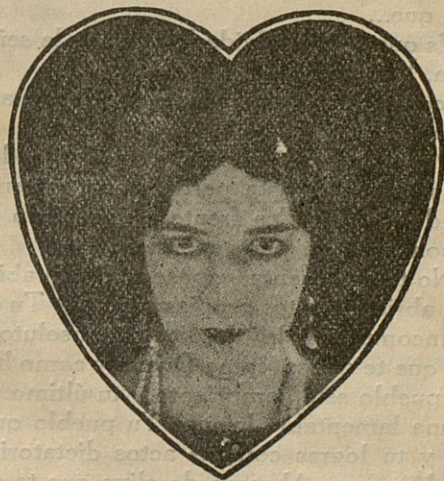
El Duque, instigado por Petrowich y Verchoff quiso interrumpir, pero la mirada serena, acusadora de Blanca le hizo retroceder impotente, mientras escondía tras su uniforme el zapato acusador de la gitana.

Blanca continuó imperturbable:

—No temáis, señor Duque: el pueblo se retira apaciguado. Unas palabras mías...

—Sí, ya sé que sois su "madrecita", barbotó el Duque.

—...unas palabras mías han bastado para contener sus iras, pero he contraído ante vues-



Aquella mujer, a quien el pueblo veneraba como una santa, era Blanca, la esposa del Duque

tros súbditos un compromiso que desearía fuera respetado. Vengo a pedirlos la libertad de los hombres detenidos por haberse atrevido a pedirlos pan para sus hijos.

El Duque, idiotizado, abúlico, sin voluntad, no sabía que contestar. Verchoff intervino:

—Transigir en esta ocasión, sería dar una prueba de debilidad y...

La Duquesa, cortó con dureza:

—¡Quiero hablar con mi esposo a solas, caballeros!

—Es que...

—¿Es que habéis olvidado que soy la señora Duquesa, Verchoff?

Los consejeros retiráronse vencidos y avergonzados.

La Duquesa les acompañó con el filo de su mirada impasible hasta perderse en las encrucijadas del palacio. Ya frente a su marido prosiguió con dulzura, pero enérgica:

—¿No te das cuenta, esposo mío, del abismo que vas abriendo a tus propias plantas? Tu conducta, incomprensible, desdice en absoluto del respeto que te debes, como Duque y como hombre. El pueblo está hambriento y tu último úkase, es una lamentable locura. Tu pueblo quiere amarte y tu logras con tus actos dictatoriales, que te aborrezca. Al ramo de oliva que te ofrece, contestas con la punta de las bayonetas y el piafar de tus cosacos. ¡Esto no puede ser, no debe ser! ¡Has de cambiar de proceder!

—Es inútil que insistas: ¡seré inflexible! Verchoff lo ha dicho: tus condescendencias podrían ser funestas para el Ducado.

Blanca comprendió que era inútil luchar. Su marido no era ya un hombre: era un monstruo

sin más razón que la fuerza ni más ley que el látigo infamante.

—Si temes por él, repuso dolorida la Duquesa, me ausentaré. Un viaje me procurará la paz y el sosiego que necesita mi alma... Mañana saldré para Suiza...

El Duque no opuso la menor observación a aquel viaje. Aquella ausencia le dejaba, precisamente, una mayor movilidad. Desde aquel momento, podía, sin temor de ningún género, continuar su aventura con Mitze.

—Petrowich, mi buen Petrowich,—dijo cuando Blanca se hubo retirado.—La Duquesa se va a Suiza en viaje de recreo. Tu quedas encargado de seguirla y comunicarme todo cuanto observes que te pueda parecer anormal.

—Esta bien, señor.

Y, al día siguiente, Blanca, acompañada de su fiel criado Dimitry dejaba el Ducado de Sardalia en donde sólo había conocido la tristeza y el infortunio, y tomaba el tren con destino a la hermosa república helvética, entre cuyos picachos perpetuamente cubiertos de nieve, esperaba hallar la calma que ansiaba su atormentado espíritu.

HACIA tres días que la infortunada Duquesa, bajo el nombre de Blanca Zelenzka y, como es natural, de riguroso incógnito, se había instalado en el hotel de los Alpes, simpático y atractivo chalet de caprichosa arquitectura a mil seiscientos metros sobre el nivel del mar.

Le acompañaban en su voluntario destierro Dimitry, antiguo y adicto servidor suyo en la corte de San Petersburgo, que después de su matrimonio había querido seguirla a Sardalia, y Ana, su doncella, mujer sencilla que adoraba a su dueña como a una divinidad.

Hacía un tiempo espléndido. El sol, reverberado al mirarse contra los glaciares, lucía con toda su fuerza. Una luz clara, llena de vida, invadía el comedor cuando Blanca, pobre flor de estufa, fué a sentarse en una solitaria mesa para dar principio a su almuerzo.

Muy cerca de ella, un muchacho de unos veintidós años, alto, elegante, correcto, de ojos estáticos y soñadores, hojeaba un periódico inglés, esperando acabara de enfriarse una taza de "consommé" que el pulcro camarero le había servido momentos antes.

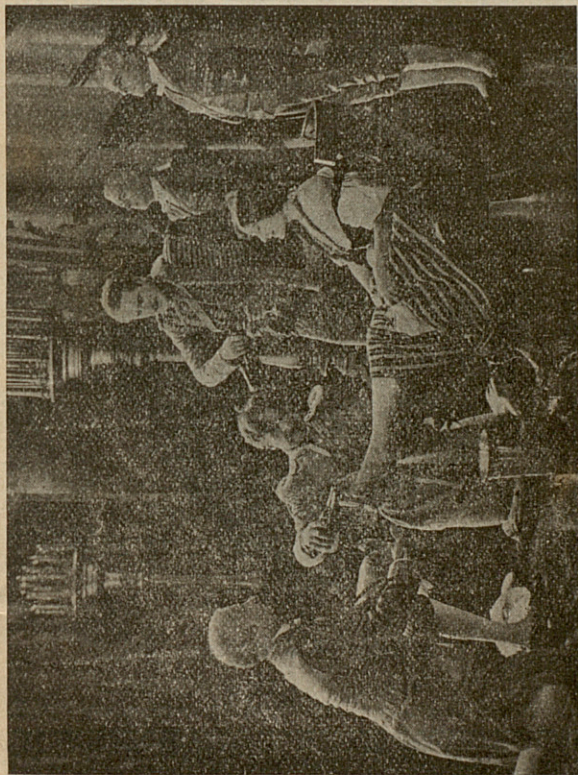
El desconocido era Pablo Verdayne; hijo úni-

co de una de las familias más acaudaladas del país de Gales. Su presencia en Suiza no obedecía a ninguna excursión sobre la nieve a que los anglosajones son tanto aficionados. El era también otro desterrado que paseaba por los blancos picachos de los cantones la melancolía que se había apoderado de su alma joven y sana...

Allá, en Inglaterra, Pablo se había enamorado de Isabel, muchachita simpática y atractiva con quien llevaba jugadas muchas partidas de tenis. Sus amoríos no habían merecido los plácemes de los autores de sus días que, deseando apartarle de aquel proyectado casamiento que ellos juzgaban erróneo, le habían indicado la conveniencia de realizar, en compañía del viejo ayuda de cámara Thomson, un "viaje de recreo" al Continente. Pablo, dócil ante los imperativos paternos, había obedecido. Y allí, en aquel rincón de los Alpes, el heredero de los Verdayne se aburría evocando melancólicamente el recuerdo de sus partidas de tenis con Isabel, sus paseos bajo la arboleda y las diabluras de Pike, un perrito por quien profesaba singular cariño y que sabía andar en dos patas, llamar a la puerta y jugar a fútbol con una habilidad inconcebible.

Al ir a doblar el periódico que estaba distraídamente hojeando, la mirada de Pablo se cruzó, involuntariamente, con la de Blanca.

La visión de aquella hermosa dama, de cara pálida, ensombrecida por la tristeza, causó pro-



...vacando una botella del dorado espumoso y bebiéndolo en sus chapines de raso

funda impresión en el ánimo de Pablo. Fué como un bálsamo que, piadosamente, empezase a restañar la herida que sus amores contrariados habían abierto en su corazón. Durante el



Mitze, la gitana diablesa

almuerzo, Pablo no pudo separar su vista de la hermosa desconocida. Y, a medida que la iba contemplando, una extraña fascinación se iba apoderando insensiblemente de él. Era como un lenitivo al pesar que experimentaba y que,

poco a poco, se infiltraba en su espíritu... Y cuando terminó de comer y vió a Blanca retirarse, se marchó a su habitación, cerró las persianas cuidadosamente, y, así, en aquella semi oscuridad forzada, mientras el sol empezaba a ocultarse tras las montañas, Verdayne se tendió en un diván, encendió un egipcio y soñó, soñó largas horas con la hermosa desconocida...

III

DURANTE dos días, mañana y tarde, se repitió el encuentro en el comedor del Hotel. Pablo ya no se acordaba casi de Isabel. Su pensamiento estaba siempre concentrado en el semblante sereno y dulcemente triste de Blanca.

La Duquesa había recibido, entretanto, noticias de Sardalia. En la Corte imperaba el desfreno y la orgía. Su marido, únicamente atento a Mitze, iba, poco a poco, transformando el palacio en un lugar de corrupción. Y Blanca sintió nacer dentro de su espíritu la voluntad de desligar definitivamente su vida de aquella Corte encanallada y disoluta.

La casualidad favoreció el anhelo que sentían las almas de Blanca y Pablo. Al cruzar la puerta del hall, la Duquesa se encontró frente a frente con el heredero de los Verdayne, que no la dejaba de vista.

—Perdone usted, caballero—le dijo con melódica voz—¿Usted es, por acaso, sobrino de Huberto Verdayne, embajador inglés en San Petersburgo?

—En efecto—repuso Pablo, con el semblante inundado de alegría al ver realizado su deseo de poder hablar con Blanca.

—¿Ha venido usted en viaje de recreo?

Pablo permaneció un momento en silencio y decidióse por fin a contestar:

—No, señora. Estoy aquí buscando, en vano, la calma perdida que falta a mi espíritu...

Blanca contempló el semblante entristecido de Pablo y, con voz muy baja, musitó lentamente:

—Yo soy como usted un alma ansiosa de ternura... Soy una vida a quien el destino hermanó con la desdicha... En torno mío no he hallado nunca sino frialdad, lágrimas, sangre...

Pablo no pudo contenerse un momento más... El "hall" estaba desierto. Cogió las manos pálidas y menudas de la Duquesa y estrechándolas entre las suyas, fuertes y nervudas, exclamó:

—¡Blanca!... ¡Blanca mía!... ¡Te amo!

La impetuosidad de aquella declaración asustó a la Duquesa. La llama de pasión que lucía en los ojos de Pablo le advirtió del peligro que corría...

—No, Pablo, no...—contestóle dulcemente.

—No puede ser. Tu eres joven. Tu tristeza se desvanecerá fácilmente. Tu familia, los amigos, las diversiones, los viajes, te distraerán y podrás volver a vivir tu vida. Yo, no... Hay tanta amargura en mi corazón, que yo no podría impedir que te contagiases. Aléjate de mi, ahora que aún es tiempo...

—¡Blanca! ¡Blanca! ¡Qué agradablemente

suenan tus palabras! ¡Feliz aquel que pueda oír siempre su eco!...

—¡Feliz!—repitió la Duquesa.—¡No es posible que yo lo sea nunca! ¡Vete, Pablo! ¡Vete y sueña!

Pablo tenía retenidas sus manos entre las suyas. Estrechó a Blanca contra él y golosamente, ávidamente, aspiró el perfume de mujer joven y hermosa que exhalaba aquella criatura divinamente tentadora... Después, soltó su deliciosa presa y Blanca, siempre mirándole con aquella mirada suave y envolvente, se dirigió hacia sus habitaciones...

Cuando Pablo quedó solo, le pareció que el alma de Blanca estaba todavía a su lado, como una flor que la hermosa mujer le hubiese dejado, en premio al galán que supo mostrarle la rosada aurora de su primer idilio...

IV

S EÑORITA,—murmuró Ana desde el dintel para usted un paquete muy grande con —un muchacho del hotel acaba de traer esta tarjeta.

Blanca, que salía en aquel momento del baño matutino, alargó la mano y rasgó un sobre pequeño dentro del cual había una tarjeta de Pablo con estas palabras:

"Acepta, Blanca adorada, este modesto presente, como prueba de mi amor.

Pablo."

El presente era una magnífica piel de tigre de Bengala, hermosa como Blanca no había nunca visto otra. La desdobló, colocándola sobre un diván y permaneció largo tiempo contemplándola...

La piel enorme, lustrosa, ejercía sobre Blanca una extraña fascinación. Se sentía atraída por ella irresistiblemente. Los jaspes tornasolados rutilaban en sus pupilas con destello lujuriantes. Vibraba Blanca en estremecimientos febriles y la imagen de Pablo dibujábase débilmente entre los arbustos de la piel del felino.

Hierática, empujada por fuerza invisible,

avanzó la Duquesa hacia el diván y sus piernas dobláronse vencidas por el zurriagazo del instinto, mientras sus manos estrujaban rabiosas el precioso regalo y sus labios bebían golosos un momento de placer inefable al posarse sobre la cabeza del enorme tigre.

Así, en aquel éxtasis amoroso, encontróla Verdayne cuando subió a visitarla.

—¡Qué hermosa piel de tigre, Pablo!—exclamó Blanca al verle entrar—. ¡Me pasaría todo el día acariciándola!

—¿Por qué malgastar así tus caricias, Blanca?

—No las malgasto, amado mío. Al acariciar la piel pienso en el que me la ha mandado, al que quiero tanto y de quien el destino me tiene separada...

—¿Separada? ¿Por qué, si puedo hacerte dichosa con el más grande de los amores?

—¡Qué sabes tú del amor!

—Sé del amor desde que te vi... Conozco el cariño desde que mi corazón late al unísono con el tuyo y se consume en la sed de tus infinitas ternuras...

Y en el espíritu de Blanca, la lucha naciente entre aquel amor y sus deberes de esposa, aumentaba a cada momento... Pero sus convicciones firmes se sobrepusieron a sus sentimientos.

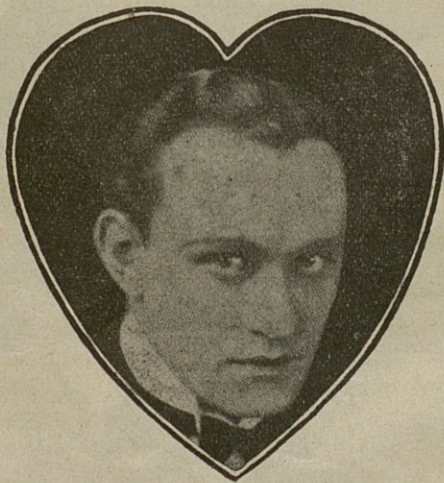
—¡No, Pablo! ¡Acabemos con esta dulce aurora de pasión que nos encanta! ¡No es posible! ¡Dejemos que a solas nuestras almas pue-



...un momento de placer inefable, al posarse sobre la cabeza del enorme tigre

dan extasiarse con el recuerdo de estos instantes de suprema delicia!

—¡Cómo!—gritó Verdayne—. ¡Separarnos ahora! ¡Separarnos cuando estamos camino de



Era Pablo Verdayne un muchacho de unos veintidós años, correcto, de ojos estáticos soñadores...

la felicidad! ¡No, Blanca, no! ¡Mil veces, no! ¡La luz de tus ojos ilumina el camino de nuestra naciente dicha! ¡Mi aliento necesita tu aliento! ¡Mis brazos, la tortura de los tuyos! ¡Mi cuerpo, el calor de tu cuerpo! ¡Así, juntos, siempre juntos!...

—¡Déjame, Pablo... ¡Por nuestro amor, por nuestro único y eterno amor, déjame!

—¡Blanca, Blanca mía!...

—¡Te amo, sí, te amo, pero vetel! ¡Déjame, Pablo mío, déjame!... ¡Tengo miedo de amarte demasiado!

Verdayne obedeció ante la súplica de la Duquesa.

Comprendiendo el terrible choque entre dos sentimientos que se producía en el ánimo de su amada, desciñó lentamente su cuerpo y dejóla en su estancia, yéndose a distraer al "fumo". Pero cuanto más imposible le aparecía aquel amor, más enamorado se sentía de Blanca y más se aferraba a la idea de su posesión. Del recuerdo de Isabel, su gentil compañera de tennis, no quedaba ya el más ligero vestigio...

V

MIENTRAS Blanca veía sonreír ante ella el panorama de la felicidad, Petrowitch, atento a las órdenes recibidas del Duque de Sardalia, seguía activamente su espionaje, comunicando su resultado en extensas y detalladas cartas.

Las noticias recibidas de Suiza en las que Petrowitch exageraba deproporcionadamente las relaciones entre Pablo y Blanca, junto con las insidias de Mitze que no había renunciado a la esperanza de llegar a compartir con el Duque, real y efectivamente, el gobierno de Sardalia, acabaron por exasperar a aquél y hacerle creer que realmente, la conducta de Blanca era sospechosa. Ordenó telgráficamente a Petrowitch redoblase la vigilancia de su esposa, mientras junto con Verchoff tramaba un plan siniestro.

Pero Dimitry, que no perdía un detalle de las andanzas de Petrowitch tuvo la intuición de que un peligro se cernía sobre Blanca y Pablo.

—Señor Verdayne—le dijo una tarde—, temo por su vida. En previsión, llévese este revólver...

—¿Por qué?—interrogó Blanca alarmada—. ¿Qué puede ocurrir?

—Petrowitch nos sigue, señora.

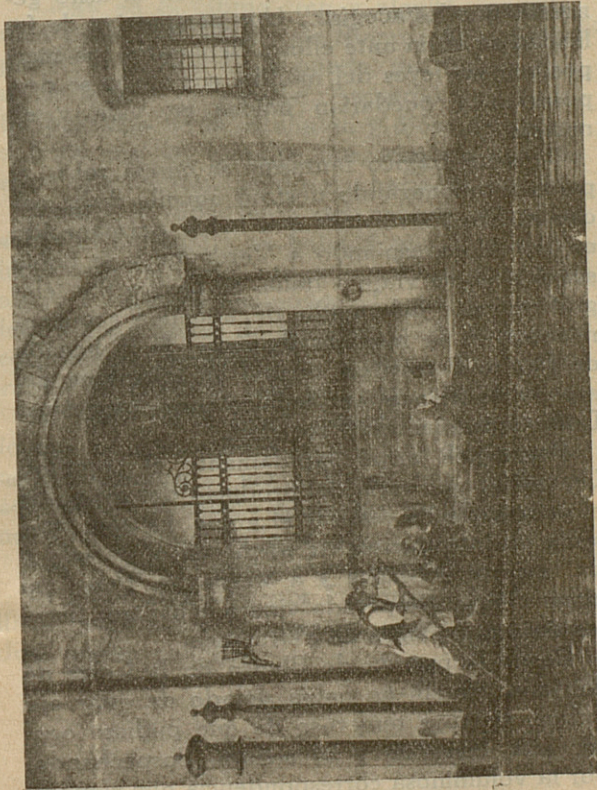
—¿Y de qué ha de preocuparnos la presencia de ese miserable?

—Señora—insistió el fiel Dimitry—, me atrevo a indicarle la conveniencia de que abandone estos lugares. Su permanencia en Suiza podría envolver un grave peligro tanto para usted, como para Sir Verdayne...

—Está bien—repuso Blanca—. Marcharemos a Venecia. Telegrafía que tengan dispuesto el palacio. Para no despertar sospechas, Pablo, tú no vendrás a reunirme conmigo hasta dentro de unos días....

* * *

El viaje de Blanca se efectuó sin incidentes. Mecida en una frágil góndola, llegó ante su nido de amor. Al instalarse en la ciudad, la calma de la población ejerció en ella un influjo pacífico. Se sentía poco a poco más adueñada de sí misma, su voluntad era más consciente y su amor por Verdayne no cesaba de aumentar. Cuando, dos días después de haber llegado a la ciudad del ensueño, recibió el telegrama que le anunciaba la próxima llegada de Pablo, de "su" Pablo, una alegría inmensa y apasionada la invadió. Sí..., allí, en la apacible soledad de su palacio, podría continuar aquel inmarcescible poema. El amor puro, sobrehumano, exento de toda grosera materialidad, hallaría bajo los puentes de los canales venecianos, en



En una frágil góndola llegó ante su nuevo nido de amor

las góndolas esbeltas como cisnes, el asilo generoso que les acogía... Una perspectiva de felicidad se abría ante ellos... Separados sus cuerpos por las leyes del mundo, sus almas se desposarían y quedarían unidas en vida y en muerte...

Pero un trágico fantasma se cernía sobre el palacio, amenazando destruir aquella dicha naciente. Era Petrowitch que había permanecido en los Alpes espiando a Verdayne y le había seguido en su viaje a Italia. El Duque fué telegráficamente informado de aquellos acontecimientos. A la mañana siguiente de la llegada de Pablo, Petrowitch recibió un telegrama del esposo de Blanca tan lacónico como expresivo. Decía únicamente: "Proceda".

Petrowitch armó rápidamente el complot. Un rufián, que vivía del producto del robo, fué el encargado de realizar el golpe. El plan consistía en introducirse de noche en el palacio y dar muerte a Blanca y a Verdayne. Pero una circunstancia inesperada vino a echar por tierra los siniestros planes de Petrowitch.

Desde la partida de Blanca de la Corte de Sardalia, Vassili no había dejado de estar ojo avizor, siempre temeroso de que pudiese ocurrir una desgracia a su señora. Sospechando, por la voluminosa correspondencia que cambiaban el Duque y Petrowitch que un grave peligro amenazaba a Blanca, decidió abandonar el Ducado y trasladarse a Venecia.

Llegó en el último tren y alquiló una góndula para ir al palacio de Blanca. Al poner el pie en el umbral de la puerta, un ruido sospechoso le puso en guardia. Ascendió tres o cuatro peldaños de la escalinata y dióse de manos a boca con un hombre que, con un cuchillo entre los dientes, se dirigía hacia el interior.

Vassili se dió cuenta del peligro. Arrojóse sobre el criminal y se entabló una formidable lucha que terminó rodando ambos escaleras abajo y cayendo finalmente al agua. Las excelentes condiciones de nadador de Vassili y su constitución hercúlea, le hicieron finalmente vencer al criminal, que se alejó, amenazador.

Al ruido de la pelea, Dimitry, presagiando lo que ocurría, salió a la puerta y su sorpresa no tuvo límites al ver a Vassili que, lleno de contusiones y calado hasta las orejas, permanecía en el dintel de la puerta.

—¡Tú aquí, Vassili! ¿Qué ocurre?

El golpe fraguado por Petrowitch había fallado, pero sobre la Duquesa seguían cerniéndose graves peligros.

VI

EN pocas palabras, Vassili expuso a Dimitry los siniestros planes que el Duque abrigaba y de cuya ejecución había encargado al infame Petrowitch. Pablo, bien ajeno a todo ello, dormía profundamente en su habitación. Blanca, recostada en el dintel de la puerta, el semblante pálido como la cera, la mirada ansiosa, les escuchaba:

—¿Es decir que mi esposo duda de mi fidelidad? Está bien. Regresaremos a su lado. Dimitry, procura que Pablo no sepa nada de mi partida. Saldremos mañana por la mañana, temprano, a fin de enlazar con el rápido en Viena. No te ocupes de detalles... Lo esencial es que nuestra partida no se retrase.

* * *

La entrevista de la Duquesa con Pablo una vez tomada la decisión de su regreso a Sardalia, tuvo para ella momentos de delicia y de eternidad.

Sabía que aquellos besos y aquellos abrazos serían quizá los últimos de que gozarían, y quiso absorber en ellos una felicidad que jamás había gozado.

Débilmente iluminados por el claror de la

luna, frente al ventanal que rememoraba tiempos felices de suprema poesía, cantáronse, labio sobre labio, las más dulces melodías amorosas.

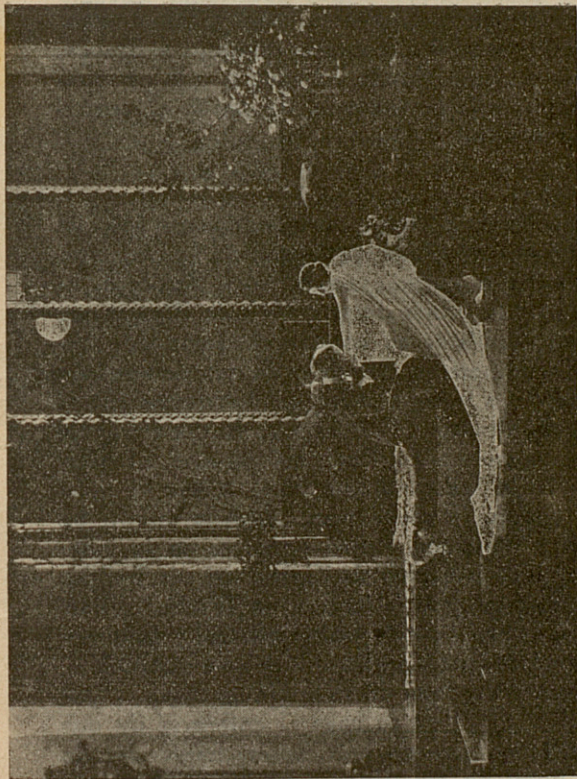
Pablo cogió a Blanca como una niña levantándola en vilo y fué a depositarla sobre un lecho de rosas que frente al ventanal ofrecíase tendador...

...Y al deshojarse las fragantes flores bajo la presión de los dos cuerpos, deshojábase también en el espíritu de Blanca la última flor de su ilusión que dentro de unas horas habría de perder para siempre...

* * *

Cuando Blanca se retiró a su dormitorio, quedó sumida en profundas meditaciones... Nuevamente, en su espíritu renacía la lucha de días antes... Amaba cada vez más a Pablo, pero su situación de esposa desdeñada y ofendida, sobrepujaba en aquel momento lo más caro de sus sentimientos. Su salida de Venecia representaba para ella la renuncia definitiva a su felicidad. Abandonar a Pablo equivalía a sumirse de nuevo en la desdicha, a dejarse atarazar el corazón por la nostalgia, a consumir lentamente su juventud perdida, otra vez, en su retiro silencioso del palacio ducal de Sardinia. Pero sus deberes de Duquesa así lo exigían y a ellos tenía que someterse.

La aurora la sorprendió agotada por el in-



...aquella entrevista tuvo para ella, momentos de delicia y eternidad

somnio y la fiebre. Levantóse, llamó a su doncella para que le ayudase a vestir y minutos antes de las seis, una góndola condujo a Blanca, junto con Ana, Vassili y Dimitry, a la estación en donde estaba a punto de partir el correo de la frontera.

* * *

Unas líneas cortas y apasionadas, en las que se reflejaba el estado de ánimo de la Duquesa, notificaron a Pablo, cuando éste despertó, el motivo de la súbita desaparición de Blanca que prefería sacrificar su corazón a dejar de obedecer al imperioso mandato de sus deberes de Duquesa. La noticia causó en Verdayne extraordinaria aflicción. Lloró largas horas como un niño a quien han quitado su juguete. El horizonte de la felicidad que horas antes se mostraba risueño y placentero, cubríase ahora de negros nubarrones. Pensó entonces en su vida, en su casita del país de Gales, en sus bondadosos aunque rígidos padres, en "Pieke" y hasta un poco en aquella Isabel infantil y juguetera, de quien ya no podía volver a enamorarse... Y casi se avergonzó de su huída de Suiza. ¿Qué pensarían de él en su casa al enterarse de que corriendo en pos de una mujer, había dejado en el hotel de los Alpes a su buen Thomson, que tanto le quería, sin dejarle siquiera una carta de despedida? ¿Qué intranquilidad tan grande pasarían en su casa al carecer de noticias

suyas, enterados cómo debían estar, además, de su desaparición! Corrió a la estafeta más próxima y telegrafió a Inglaterra anunciando su regreso y pidiendo perdón por su ligereza. Y cuando al siguiente día el cable le transmitió unas palabras cariñosas y reconfortantes de su anciana y bondadosa madre, sintióse aliviado del pesar que le embargaba y la vida le volvió a parecer posible, como si saliera de un sueño, un sueño absurdo y disparatado, pero cuya realidad le hubiese devuelto la felicidad perdida...

EL espectáculo que aguardaba a Blanca a su regreso a Sardalia no podía ser más lamentable. Su ausencia de la Corte había desposeído al Duque, de los pocos escrúpulos que pudiese conservar todavía aquel hombre orgulloso, ignorante, envanecido por la situación y en extremo petulante. Verchoff, ambicioso cortesano que aspiraba a ocupar un lugar preeminente en el gobierno del Ducado y Mitze, la gitana intrigante y envidiosa, habían hecho lo demás. El esposo de Blanca había perdido en absoluto la poca voluntad propia que le quedaba. Las orgías, llevadas al más repugnante de los extremos, a las más horribles aberraciones, se sucedían las unas a las otras. La vieja aristocracia, avergonzada ante las escenas lúbricas que a cada momento se desarrollaban en el palacio ducal, no asistía ya ni aún a las fiestas oficiales y la casa solariega de los Duques de Sardalia se había transformado en un antro de vicio y de pecado, entre cuyas olas de fango se debatían los cortesanos, a punto de sucumbir asfixiados.

El Duque apenas dió importancia al regreso de su esposa. Era tal su abulia que ni le pasó por la mente el recuerdo de las maquinaciones

urdidas con Verchoff y secundadas al pie de la letra por Petrowich. Sólo le desagradó la idea de que la presencia de Blanca sería un estorbo para sus desenfrenos. Cuando ésta, asqueada ante la desagradable situación a que el Duque había descendido, le comunicó su decisión de trasladarse por unos días a una villa de su propiedad, sita en las cercanías de la capital "para descansar, pues su viaje la había fatigado mucho", experimentó una sensación de tranquilidad, como si se hubiese quitado un peso de encima.

Al siguiente día, Blanca, con Ana y Dimitry, se instaló en su nueva residencia, a donde fué también a acompañarla Vassili. Se sentía definitivamente alejada de la Corte, de su corona y de todo cuanto pudiese recordarle su condición de Duquesa. Sentía el ansia de desprenderse de toda de aquella pompa como un lastre inútil que pusiera en peligro la seguridad del bajel de su vida. El Duque, sus secuaces, los cortesanos, Mitze y las mil mujeres viciosas y degeneradas que anidaban en el palacio en un continuo desenfreno, no merecían otra cosa que el desprecio más absoluto. Y la imagen de Pablo ocupaba de nuevo y por entero su imaginación calenturienta. Sí, no quedaba solución. Solicitaría la separación, se nacionalizaría en Francia y allí, al abrigo de las leyes protectoras y caritativas de aquel país, podría unirse con Verdayne y ser, finalmente, feliz.

¿Peligro? Ninguno. El alcohol, las drogas y los placeres artificiosas habían minado de tal manera el espíritu de aquel hombre pervertido, que ya no era capaz de tomar la menor determinación, como no fuera para organizar alguna nueva bacanal.

Ya completamente decidida a huir definitivamente del Ducado de Sardalia, Blanca ordenó a Dimitry telegrafíase a Inglaterra pidiendo a Pablo se trasladase a Sardalia. Y, la espera del amado devolvió la tranquilidad a su espíritu y su corazón hinchóse nuevamente de alegría...

VIII

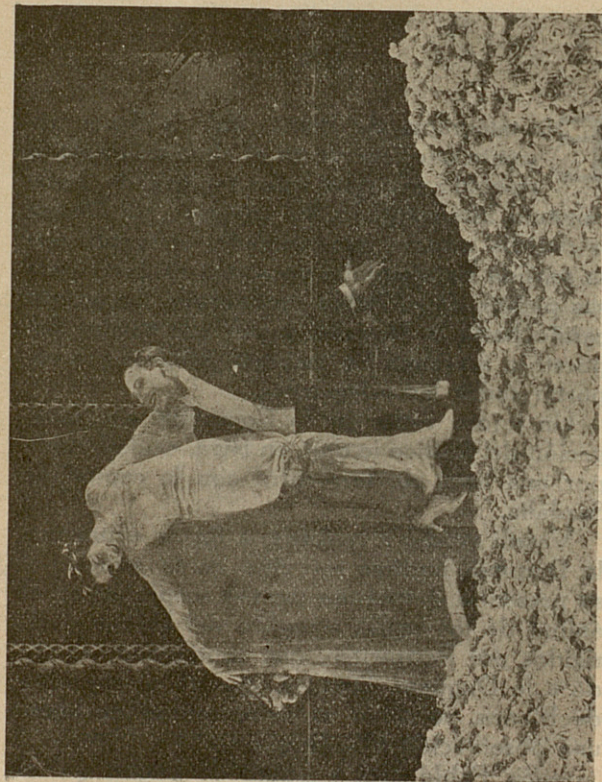
EL telegrama de Blanca fué la llama naciente que reavivó en el alma de Pablo el rescoldo de aquel amor tan grande, bruscamente interrumpido. El recuerdo de Blanca le decidía a todo, aún teniendo en cuenta que su partida representaba un nuevo disgusto para sus padres. Pero Pablo sentía cada día mayor cariño hacia la Duquesa y por ella estaba dispuesto a arrostrar los mayores peligros y a soportar todas las privaciones.

Un lujoso vapor de la Compañía de Navegación del Báltico le dejó en Riga, ciudad unida por una línea de ferrocarril con la capital de Sardalia.

Vassili acudió a recibirle, a fin de evitar que la Duquesa pudiese ser vista en la estación y su presencia despertase nuevas sospechas en el ánimo de los espías a sueldo del Duque y dirigidos por Petrowitch, que continuaba espionando a la Duquesa. Dimitry, que no se apartaba de Blanca, se creyó en la necesidad de hacer una observación a la Duquesa:

—Sir Pablo está a punto de llegar. ¿Y si mientras dura vuestra entrevista, viniese el Duque a visitaros?

—Que Ana vigile la entrada y si llegara el



...cogió a Blanca como una muñeca, levantándola en vilo...

Dúque, ella dará con el gongo la señal de alarma.

La conservación fué interrumpida por la llegada de Vassili que, desde la puerta, anunció:

—Señora, Sir Pablo ha llegado sin novedad. ¿Le hago pásar?

—¡Sí! ¡Que entre! ¡Que entre en seguida!

Discretamente, Vassili y Dimitry se retiraron de la estancia, dejando solos a Blanca y a su camarera Ana, que permanecía en un rincón, atenta a cualquier peligro que pudiese amenazar a su señora.

—¡Blanca!—murmuró una voz, cuyo eco resonaba día y noche en el cerebro de la Duquesa—. ¡Blanca mía! ¡Blanca adorada!

Era Pablo que, sonriente, sereno, temblando de emoción permanecía en el dintel de la puerta y contemplaba a su amada con una mirada cálida y llena de pasión.

—¡Pablo! ¡Pablo mío! ¡Soy tuya! ¡Tuya para siempre! ¡Tuya para estar unida contigo en vida y en muerte!

Y un abrazo supremo, sobrehumano, un abrazo en el que los dos cuerpos se confundieron palpitando al unisono sus corazones, enlazó, como promesa eterna de felicidad, a los dos amantes...

PETROWITCH no abandonaba la partida. Desde su regreso a Sardalia continuaba siguiendo los pasos de Blanca, multiplicaba sus esfuerzos, redoblaba la vigilancia de los espías que había desparramado por todos los alrededores de la ciudad, iba a cada momento a visitar al Duque, exponiéndole siempre sus sospechas respecto a su esposa. Pero aquél ya casi no le hacía caso, atento únicamente a divertirse y a embriagarse.

Petrowitch, cuyo odio hacia Blanca y Pablo crecía de día en día, acudió a Mitze:

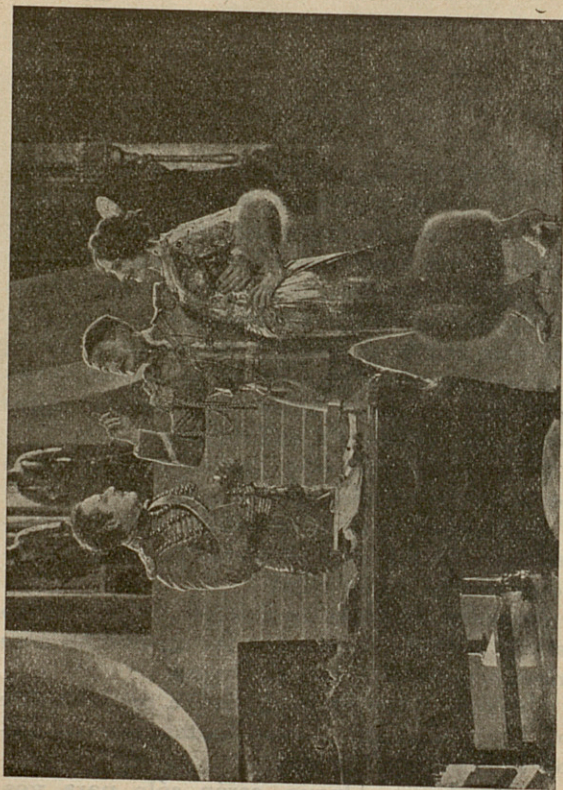
—¡Llegó la hora de tu triunfo, si sabes aprovecharla, Mitze! ¡La Duquesa, tu rival, se divierte mucho en su villa!

Aquellas palabras no cayeron en saco roto para la ambiciosa gitana y las aprovechó a su primera entrevista con el Duque.

Unas reconvenções de éste a propósito de sus libertades con ciertos cortesanos, le dieron la ocasión para ello.

—Mis besos, Duque, serán sólo para vos, cuando juntos podamos regir los destinos del Ducado.

Un latigazo de orgullo sacudió los adormecidos nervios del Duque.



—Es cierto lo que dice Mitze?

—¿Tú? ¿Una miserable aventurera?

—Vuestras palabras—contestó Mitze, recalcando cada vez más su acento insidioso—, me dan derecho a preguntaros qué fidelidad se os guarda en cierta villa, no lejana, y que os pertenece...

—¡Cómo!—gritó el Duque—. ¡Es eso posible!

—Quizá ahora mismo, Duque, está consumiendo vuestro deshonor—añadió.

—¡Mientes, mientes; esto no es cierto!

—Señor, si tan poco crédito os merecen mis palabras, creo lo más oportuno dejar de molestaros con mi presencia.

—¡No, jamás! ¡Dejarme! ¡Abandonarme! Necesito tus besos, tus caricias...

—¿Entonces?...

—¡Sí, sí, te creo, quiero creerte! ¡Petrowitch! ¡Verchoff! ¡Aquí, todos aquí!

—¿Señor?

—Contestad; aprisa. ¿Es cierto lo que dice Mitze? ¿Es verdad que la Duquesa olvida sus sagrados deberes de esposa?

—Señor—contestó Verchoff, felino y traicionero—, hay preguntas difíciles de contestar.

—¿Luego es cierto? ¿Luego Mitze, mi querida Mitze, no mentía?

—¡A caballo todos! ¡Yo vengaré el ultraje que se me hace! ¡Que me siga la guardia!

Y los cosacos del Duque junto con Petrowitch y Verchoff salieron a escape tras el Du-

que en dirección a la villa en donde Blanca estaba aposentada.

* * *

¡El Duque ha llegado!—gritó Ana, dirigiéndose a los dos amantes. Escóndase, mi señora, escóndase!

—No—repuso Blanca—. Tengo que entretener a mi marido hasta que Vassili avise que Pablo está en salvo...

Momentos después, irritado, violento, el Duque irrumpía en la habitación.

Al ver a Blanca sola y furioso de que se le hubiese escapado su presa, el Duque dió orden de que fuese registrado el jardín, mientras en tono amenazador preguntaba a Blanca:

—¿Qué has hecho? ¿Qué te proponías?

—¿Qué me proponía? ¡Legalizar nuestra separación, denunciando antes al pueblo tu inicuo proceder!

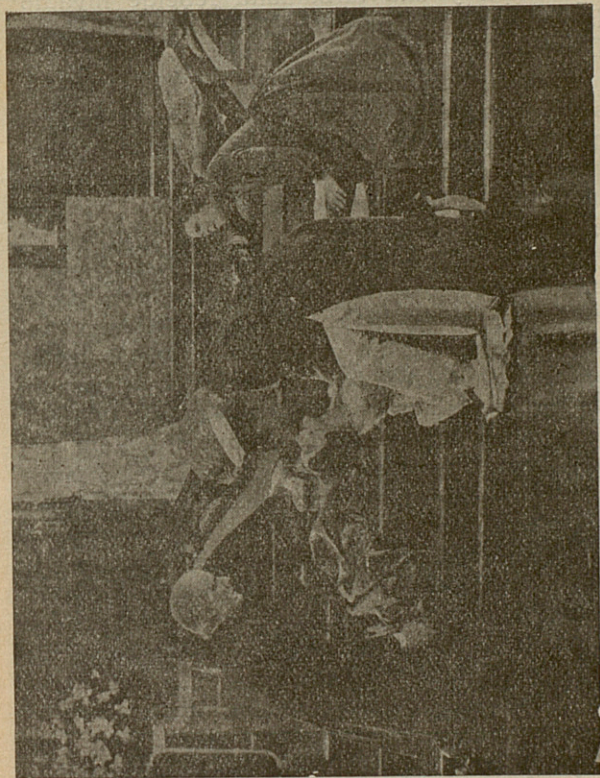
—¡Para evitar esto—contestó el Duque—, me sobran fuerzas como autoridad y como hombre!

—¡Atrévete a tocarme!

El Duque dió un paso adelante, cogiendo violentamente a su mujer por una muñeca y haciéndole exhalar un quejido de dolor.

Pero en aquel momento ocurrió una cosa inesperada.

Violentemente se abrió la puerta de la



—Me encuentro algo reanimada, Pablo... ¡Dios proteja nuestra naciente dichal!

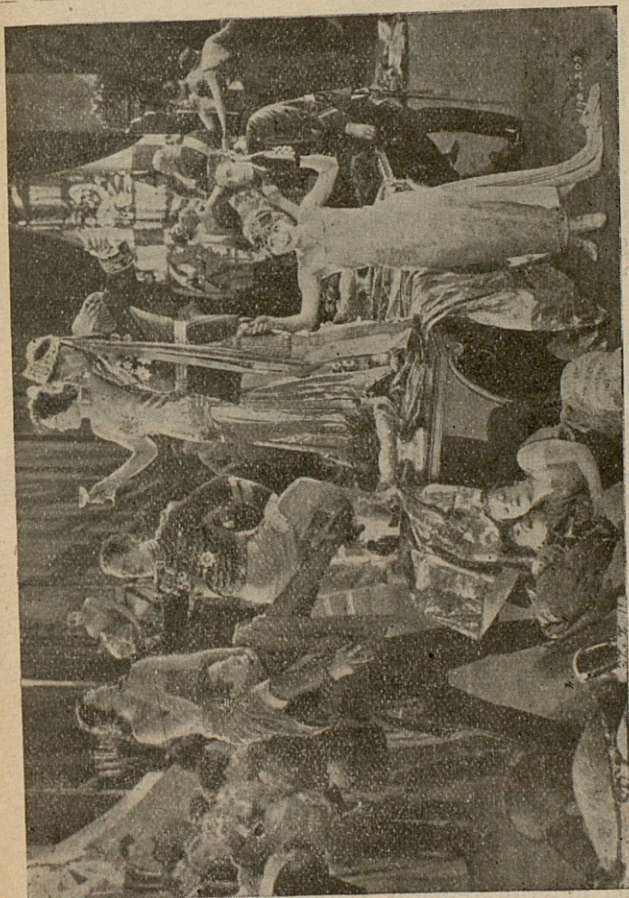
habitación y una turbamulta rebelde invadió la estancia precipitándose contra el malvado Duque.

Era el populacho que contenía hacía tiempo sus ansias de liberación y al saber el peligro que amenazaba a la Duquesa, su única protectora, pedía a gritos la cabeza del hombre funesto que había sumido Sardalia en el vicio y en la degradación.

Petrowitch no intervino en la lucha. Comprendió que el Duque iba a llevar la peor parte en la contienda. Y, como buen cortesano, esperó, acurrucado en un rincón, a que la lucha terminara para ver de sumarse luego al partido de la Duquesa, si la Duquesa vencía.

Rabioso el depravado Duque, sacó un revólver y disparó sobre su esposa que, atravesada por el proyectil, cayó exánime a los pies de su marido.

Un movimiento de indignación en el pueblo hizo comprender al Duque las enormes proporciones del crimen que había cometido y acobardado ante la multitud desenfrenada, ni intentó siquiera defenderse. Aturdido por el terror, dejó que los revoltosos le arrastrasen hasta el patio. Un hombre alto, fornido, de aspecto pueblerino, alzó sobre él un enorme puñal y lo descargó por tres veces sobre el pecho del cobarde Duque de Sardalia. Vassili había vengado por fin a su señora. La sangre manó en abundancia del cuerpo del tirano. La mul-



La corte estaba corrompida y degenerada.

titud, cuando se cercioró de que había cesado de existir, le abandonó en un rincón y volvió a penetrar en la villa.

Mientras tanto, Pablo Verdayne ayudado de Dimitry y de Vassili habían recogido del suelo a la Duquesa, cuya blanca túnica estaba manchada de sangre. La depositaron cuidadosamente en el lecho y reconocieron la herida. La bala, por un verdadero milagro, había rozado solamente sus carnes. Poco a poco, la Duquesa empezó a recobrar los sentidos.

—Me encuentro algo reanimada, Pablo... Que Dios perdone a mi esposo... ¡Qué Dios proteja nuestra naciente dicha!

Pablo se inclinó sobre su amada y depositó en su frente un beso de pasión. En el jardín, Vassili daba a los revoltosos que seguían acudiendo en masa, la grata nueva de su liberación. Algunos cortesanos, enterados de que la revolución había estallado, se acercaban también a la residencia de Blanca.

—¡Señores!—dijo Petrowich, ya completamente entregado a la causa de Blanca.—Acaba de ocurrir una horrible desgracia. ¡El Duque ha muerto! ¡Viva nuestra simpática Duquesa!...

Sardalia recuperó, al ser dirigidos sus destinos por el nuevo Duque consorte, la bucólica paz que le hicieran perder las orgías desenfrenadas del anterior reinado. Pablo, convertido en regente de Sardalia hizo realizar importantes obras

públicas que hicieron progresar notablemente la agricultura y la industria del país. Frecuentemente y entre el entusiasmo delirante del pueblo, acudían él y Blanca a la inauguración de carreteras, puentes, pantanos, presas hidráulicas que hacían llegar la acción bienhechora de la civilización hasta los más recónditos lugares del Ducado de Sardalia, sabiamente regido por dos seres que por fin gustaban las mieles de la felicidad conseguida a costa de tantos pesares, siendo uno de los pocos Estados del antiguo imperio ruso que resistió el impulso disgregador de la revolución bolchevique.

NÚMEROS PUBLICADOS DE LA NOVELA GRAFICA

- 1 **Marco Antonio y Cleopatra**, por Amleto Novelli y
Terribile González.
Postal de GLORIA SWANSON
- 2 **Entereza de carácter**, por William Farnum.
Postal de ANTONIO MORENO
- 3 **Labios que mienten**, por Florence Vidor y Hous^e
Peters.
Postal de ALICE TERRY
- 4 **Jolly**, por Dionisia Jacobini y Alex Bernard.
Postal de JACKIE COOGAN
- 5 **Fedora**, por Francesca Bertini y Carlos Benetty.
Postal de POLA NEGRI
- 6 **Sansón el invencible**, por Luciano Albertini.
Postal de THOMAS MEIGHAN
- 7 **Por una noche de amor**, por Blanche Roos y Van
Daele.
Postal de LOIS WILSON
- 8 **La razón de la fuerza**, por Maciste.
Postal de JACK HOLT
- 9 **Odette**, por Francesca Bertini.
Postal de ALICE BRADY
- 10 **Muerto por la ley**, por Milton Sills.
Postal de WILLIAM S. HART

- 11 **¿Deben las mujeres declarársenos?**, por Mimi Palmeri y Alfred Lunt.
Postal de DOROTY DALTON
 - 12 **Hombre de armas tomar**, por Laura La Plante y Hoot Gibson.
Postal de ENID BENNET
 - 13 **Flor de lodo**, por Helene Chadwick y J. Rennie.
Postal de LEATRICE JOY
 - 14 **Entre el amor y la venganza**, por Lya de Putti.
Postal de NITA NALDI
 - 15 **Ricardito el Afortunado**, por D. Woods y Richarp Talmadge.
Postal de BETTY COMPSON
 - 16 **Su propio esfuerzo**, por Margarita Courtot y José Striker.
Postal de MARY PICKFORD
 - 17 **Juventud Deportiva**, por Reginald Denny.
Postal de MONA KINGSLEY
 - 18 **Shirley la Maromera**, por Shirley Mason.
Postal de WILLIAM DESMOND
 - 19 **Fidelidad**, por Margaret Fielding y Dustin Farnum.
Postal de HERBERT RAWLINSON
 - 20 **Cara o Cruz**, por Charles Jones
Postal de REGINALD DENNY
-

De venta en esta Administración. Rambla de las Flores, 30, 1.º, al precio de 25 céntimos una. Servimos colecciones. Para los envíos a provincias, incluir franqueo.

EN EL PRÓXIMO NUMERO

publicaremos la
sensacional película

¿CORAZON PERVERSO?

Creación de
BETTY BLYTHE
Y
MAHLON HAMILTON

MARCA
GOLDWYN

EN BREVE:

El Film de Amor

SERIE SUPER - SELECTA DE
LA NOVELA GRÁFICA

Sólo se publicarán
en esta colección
las super-joyas de
las mejores marcas

REGALOS SORPRENDENTES

AVISO

A NUESTROS CORRESPONSALES :

Reimprimiendo constantemente esta Editorial los títulos de los números que se agotan, serviremos todos aquellos pedidos que nos pasen nuestros corresponsales al ser proyectadas las películas en su localidad.

